

ESTUDIOS MIROBRIGENSES

II



Centro de Estudios Mirobrigenses
C.E.C.E.L. – C.S.I.C.

2008

ESTUDIOS
MIROBRIGENSES

Estudios Mirobrigenses



Centro de Estudios Mirobrigenses
2007

ESTUDIOS MIROBRIGENSES

N.º 2

Centro de Estudios Mirobrigenses

Confederación Española de Centros de Estudios Locales (C.E.C.E.L.)

Centro Superior de Investigaciones Científicas (C.S.I.C.)

Consejo de Redacción:

Presidente: JOSÉ IGNACIO MARTÍN BENITO

Vocales: PILAR HUERGA CRIADO

M.ª PAZ DE SALAZAR Y ACHA

JUAN JOSÉ SÁNCHEZ-ORO ROSA

Secretaria: M.ª DEL SOCORRO URIBE MALMIERCA

Portada: *Labra heráldica de las armas de los Águila,
en el palacio de su linaje en Ciudad Rodrigo.*

Contraportada: *Privilegio de Fernando II por el cual da a la Catedral y al Obispo la tercera
parte de heredad del Rey en Ciudad Rodrigo y su término, haciéndole entrega
también de la ciudad de Oronia, año 1168.*

© CENTRO DE ESTUDIOS MIROBRIGENSES

ISSN: 1885-057X

Depósito Legal: S. 491-2005

Imprenta KADMOS

Salamanca 2008

ÍNDICE

PANORAMA

- Aproximación a las fuentes, estado de la investigación y perspectivas para el estudio de la Iglesia medieval en Ciudad Rodrigo (I): episcopado, cabildo y clero secular* 19
JUAN JOSÉ SÁNCHEZ-ORO ROSA

ESTUDIOS

- Algunas visitas ad limina civitatenses* 41
JUSTO GARCÍA SÁNCHEZ
- Aspectos biográficos del jurista de San Felices de los Gallegos Dr. Félix de Manzanedo (1500-1576)* 107
JUSTO GARCÍA SÁNCHEZ, JESÚS GARCÍA SÁNCHEZ, NICASIO GARCÍA SÁNCHEZ Y JERÓNIMO GARCÍA SÁNCHEZ

ARTÍCULOS

- Dos libros de polifonía de Juan Esquivel de Barabona: Missarum Iannis Esquivelis... (1608) y [...] psalmorum, hymnorum, magnificarum... (1613)* 163
FRANCISCO RODILLA LEÓN
- Descripción de un voluntario de Ciudad Rodrigo, según un grabado de W. Bradford* 177
CARLOS GARCÍA MEDINA
- Los Águila, alcaides y alférezes mayores de Ciudad Rodrigo* 189
JAIME DE SALAZAR Y ACHA
- Notas sobre la poética dialectal o regional de Salamanca (¿una tercera escuela poética salmantina?)* 223
JOSÉ LUIS PUERTO HERNÁNDEZ

<i>Evidencias arqueológicas y etnográficas de instrumentos musicales elaborados en un hueso del ala de buitre</i>	247
MARTA MORENO	
<i>Thuébault y don Julián: un general de Napoleón a la caza de "El Charro"</i>	265
MIGUEL ÁNGEL MARTÍN MAS	
<i>La cultura del farinato en Ciudad Rodrigo</i>	285
JOSÉ RAMÓN CID CEBRIÁN	
VARIA	
<i>Aproximación al archivo musical del profesor Dámaso Ledesma Hernández</i>	301
PILAR MAGADÁN CHAO	
<i>Los orígenes de Ciudad Rodrigo</i>	311
ÁNGEL BERNAL ESTÉVEZ	
<i>La grippe de Mazarrasa y su tiempo</i>	321
MARIO GASTAÑAGA UCARTE	
RECENSIONES BIBLIOGRÁFICAS	
<i>Bogajo: un pueblo con historia</i>	331
JUAN JOSÉ SÁNCHEZ-ORO ROSA	
<i>Libro de motetes</i>	334
PILAR MAGADÁN CHAO	
<i>La catedral de Ciudad Rodrigo a través de los siglos: Visiones y revisiones</i>	336
JAIME DE SALAZAR Y ACHA	
<i>Ciudad Rodrigo entre Salamanca y Portugal</i>	338
JUAN JOSÉ SÁNCHEZ-ORO ROSA	
<i>Blasones populares del antiguo partido de Ciudad Rodrigo. Dictadología y leyendas de la crónica oral</i>	339
JUAN JOSÉ SÁNCHEZ-ORO ROSA	
<i>El Memorial de Salazar</i>	340
JUAN JOSÉ SÁNCHEZ-ORO ROSA	

NOTAS SOBRE LA POESÍA DIALECTAL O REGIONAL EN SALAMANCA (¿Una Tercera Escuela Poética Salmantina?)

JOSÉ LUIS PUERTO

Aún está por realizar una panorámica completa de la llamada poesía dialectal o regional salmantina. Tal fenómeno puede circunscribirse a un tiempo y a un espacio concretos. En el primer caso, podríamos situar el cultivo y la edición de esta poesía desde las postrimerías del siglo XIX hasta finales de los años veinte del siglo que acaba de terminar. Y, en cuanto al espacio, nos encontraríamos con que tal tipo de lírica se halla extendido por toda la provincia de Salamanca, pero particularmente tiene su extensión a lo largo y ancho del Campo Charro, siendo Ciudad Rodrigo uno de sus ejes, sin olvidar Frades de la Sierra (cuna de José María Gabriel y Galán, el poeta más emblemático de tal poesía) o la propia ciudad de Salamanca.

Las raíces en las que se hunde el cultivo de este tipo de poesía habría que ir a buscarlas a lo largo de todo el siglo XIX, ya que es herencia tanto del costumbrismo romántico, que realza y prestigia tanto lo local como lo dialectal, como de la lírica cultivada por el Realismo y Naturalismo, que se basa en una observación de la realidad —en nuestro caso, rural y campesina— sin elevar en exceso el vuelo lírico de la emoción, ni utilizar un tipo de lenguaje figurado que no pueda ser entendido por todos, así como en el predominio de la narración poética sobre la efusión lírica, aunque esta última tampoco falta.

Se trata, por otra parte, de un fenómeno literario y poético no exclusivo de las tierras salmantinas, sino que se extiende a otras áreas hispánicas,

como, por ejemplo, Asturias, la vecina Extremadura, Aragón, la Huerta de Murcia y, claro está, Andalucía.

Para Manuel Alvar, que estudia y antologa la *Poesía española dialectal*, en un libro que lleva este título, los poetas literariamente más dignos de tal tipo de lírica son el salmantino José María Gabriel y Galán, el murciano Vicente Medina y el extremeño Luis Chamizo.

Indica Alvar que, en sentido estricto, “no hay escritores dialectales, sino escritores con dialectalismos”¹. Algo que aplica, por ejemplo, a Gabriel y Galán, del que dice que, a pesar de publicar poesías *salmantinas* y *extremeñas*, no utiliza en ellas muchos rasgos dialectales extremeños ni tampoco salmantinos, sino que, en realidad, están escritas en español vulgar.

También se le ha dado a esta lírica el nombre de poesía regional, puesto que se centra, canta y exalta lo costumbrista y peculiar de una zona, de una comarca, de una provincia, o de una región, aunque no olvide tampoco, claro está, sentimientos humanos universales, que se entremezclan con los asuntos indicados.

1. LA POESÍA DIALECTAL SALMANTINA

Desde muy pronto y desde la propia Salamanca, se percibe un renacer literario a principios del siglo XX, que diversos autores y protagonistas del mismo lo detectan y lo expresan.

Así, por ejemplo, José de Lamano Beneite indica: “En nuestros días asistimos con júbilo a un resurgimiento espléndido, brillantísimo, de literatura dialectal salmantina, que hace recordar los años antiguos, los tiempos venturosos de Encina y Fernández”².

Es significativo que Lamano asocie tal resurgir literario con dos figuras dramáticas y poéticas salmantinas tan emblemáticas como Juan del Encina y Lucas Fernández. El propio Lamano atribuye “el mérito de haber iniciado este fecundo y entusiasta movimiento dialectal”³ a Miguel de Unamuno. No le falta, en buena parte, razón, aunque habría que ponerle a tal afirmación algunos matices.

¹ *Poesía española dialectal*: Estudios, selección y notas de Manuel Alvar. Madrid, Alcalá, Aula Magna, 1965, p. 14.

² Lamano y Beneite, José: *El dialecto vulgar salmantino*. Salamanca, Tipografía Popular (Imp. de “El Salmantino”, 1915, p. 31.

³ Lamano y Beneite, José, *Op. cit.*, p. 32.

El propio Miguel de Unamuno, en un artículo publicado en *Revista Contemporánea*, de enero-junio de 1904, en el que comenta el libro *Del campo y de la ciudad*, de Luis Maldonado, expresa este resurgimiento literario “dialectal” salmantino de un modo detallado. Y de tal resurgimiento, como enseguida vamos a comprobar, se siente en buena parte responsable. Merece la pena citar el párrafo en el que lo hace, por lo revelador que es:

Este libro es un fruto más de cierto renacimiento literario que en esta ciudad de Salamanca se observa y de un como alborear de una nueva escuela salmantina. José María Gabriel y Galán, el tan conocido poeta; Mariano Domínguez Berrueta, de gran fuerza cómica y de sagacidad en su *Alma charra*; Luis Romano, poeta delicado aún, poco más que un capullo, sin contar, o a los ausentes y que ya, por no vivir aquí, no están influidos por este ambiente, o a los casi veteranos en las letras, como el tiernísimo poeta, mi entrañable amigo, Cándido R. Pini-lla. Y detrás asoman otros jóvenes henchidos de esperanzas. Y he de decirlo con toda ingenuidad, aunque haya quien lo tome a mala parte: en este renacimiento creo me cabe buena parte. A Galán y a Maldonado yo fui quien primero les animó, tratando de infundirles ambición literaria; a todos los he animado. Y estoy satisfecho de ello⁴.

Habla Unamuno aquí de una nueva escuela salmantina, teniendo en cuenta los precedentes de la primera, que, en el siglo XVI, se aglutinara en torno a Fray Luis de León; y de la segunda, neoclásica y prerromántica, que, entre los siglos XVIII y XIX, agrupara en Salamanca a autores como Meléndez Valdés, José Cadalso, Manuel José Quintana, José Somoza o el mirobrigense Fray Diego Tadeo González, entre otros. Y Unamuno, como ya hemos indicado, se atribuye buena parte de responsabilidad en tal renacimiento literario.

El ya citado Alvar⁵, al situar esta poesía en tierras salmantinas, habla de su vigor, la sitúa expresamente en el “campo charro” y cronológicamente la enmarca en el primer cuarto del siglo XX, indicando como fecha de su finalización la muerte de Luis Maldonado (1926).

Los autores más sobresalientes —a los que Manuel Alvar alude en su estudio— son José María Gabriel y Galán (1870-1905), que sería la figura señera de ese tipo de poesía y del que no vamos a ocuparnos ahora aquí, puesto que es un autor sobradamente estudiado y conocido, sobre el que ya hemos tratado en otros momentos⁶; Saturnino Galache (1871-1920), que

⁴ Unamuno, Miguel de: *Libros y autores españoles contemporáneos*. Madrid, Espasa-Calpe, Colección Austral, 1513, 1972, pp. 44-45.

⁵ Cf. *Poesía española dialectal*. Ed. cit, pp. 17-21.

⁶ Puerto, José Luis: “Hacia una expresión poética de la intrahistoria”. En: José María Gabriel y Galán, *Obras completas*. Salamanca, Amarú Ediciones, 2003, pp. 11-29. — “Bucólicas y Geórgicas:

publica su poemario *Charras*, en 1915, en Ciudad Rodrigo; y Luis Maldonado (1860-1926), autor de obras teatrales (*La Farsa de Matallana*, 1903; *El collazo del rey*, 1904; *La Montaraza de Olmeda*, 1908), de cuentos (*Del campo y la ciudad*), así como de una obra poética, *Querellas del ciego de Robliza* (1894), que es una especie de *Martín Fierro* salmantino, que fuera prologada por Miguel de Unamuno, quien sentía una gran admiración por la obra del argentino José Hernández, autor del poema gauchesco.

Pero el fenómeno de esta poesía dialectal o regional salmantina es más amplio y abarca a más autores, como después se verá. Uno de los núcleos de tal poesía –ya lo hemos apuntado– es Ciudad Rodrigo (que igualmente tendrá por esos años representantes de lo que será el arte y la literatura de vanguardia, con nombres como Celso Lagar, José Díaz Fernández, y Juan o Iván de Nogales, principalmente), que es justamente donde Saturnino Galache (Villavieja de Yeltes, 1871-1920) publica su significativa obra poética titulada *Charras*, en 1915.

2. PRECEDENTES DE ESTA “NUEVA ESCUELA SALMANTINA” CONTEMPORÁNEA

Miguel de Unamuno, en el texto que acabamos de citar más arriba, parece querer sugerir que estos poetas y escritores estarían configurando, en los arranques del siglo XX, el “alborear de una nueva escuela salmantina”.

Y no es descabellada tal sugerencia, puesto que, efectivamente, en el paso de los siglos XIX al XX y en las dos primeras décadas largas de este último siglo, se publica en Salamanca toda una serie de libros –particularmente, nos interesan, ahora aquí, los de poesía– que poseen unos rasgos característicos y comunes, que nos permitirían poder hablar –siguiendo con la tradición de los manuales de literatura, que ya acuñaron, desde hace muchos años, los marbetes de Primera Escuela Salmantina, en torno a Fray Luis de León, en el siglo XVI; y de Segunda Escuela Salmantina, entre los siglos XVIII y XIX, formada por escritores ilustrados y prerrománticos– de una Tercera Escuela Salmantina, marcada, como las dos precedentes, fundamentalmente por la poesía, porque todas ellas constituyen verdaderos grupos poéticos.

la estirpe virgiliana de Gabriel y Galán”, en: Salamanca. Revista de estudios. Monográfico. *Gabriel y Galán. Estudios conmemorativos en el centenario de su muerte*, núm. 52, Diputación de Salamanca. Salamanca, 2005, pp. 251-273.

El primer precedente poético que vincula a Salamanca con la poesía habría que irlo a buscar a caballo entre los siglos XV y XVI, cuando Juan del Encina y Lucas Fernández cultivan una poesía de cancionero y dramatizan en verso autos, farsas y églogas, profanos y religiosos, sirviéndose del bucolismo virgiliano y de la observación directa de la realidad campesina de la época, para incorporar a sus creaciones la temática pastoril, expresada en ocasiones a través de un habla rústica, el sayagués, casi totalmente inventada, para hacer reír a los cortesanos en las representaciones palaciegas. Ya, en ellos, aparecen dos claves que luego habrán de caracterizar a los poetas de los que tratamos: la campestre y la dialectal.

La llamada primera *escuela salmantina* se produce ya en pleno siglo XVI, en torno a Fray Luis de León, y agrupa a una serie de poetas, casi todos ellos filólogos y religiosos, que tiende a la imitación tanto de los poetas de la antigüedad greco-latina, como de los libros sagrados, sin excluir, como es lógico, la nota lírica personal. Entre estos poetas, podemos citar nombres como Francisco de la Torre, Francisco de Figueroa, Francisco de Medrano o Francisco de Aldana; sin olvidar a otros, como Francisco Sánchez de las Brozas (El Brocense), Jerónimo Cantón, Pedro Uceda, Alfonso de Mendoza, Fray Hernando Camargo, Fray Juan Márquez, Fray Luis Agustín Antolinez o Fray Basilio Ponce de León. El humanismo clásico y/o cristiano sería, pues, el rasgo sobresaliente de todos ellos.

La llamada segunda *escuela salmantina* se desarrolla a lo largo de las últimas décadas del siglo XVIII y primeros años del XIX. Debido a la influencia de la europeización, la Universidad de Salamanca se recupera de un largo letargo, recibe nuevas gentes estimuladas por las inquietudes de la época y, así, un grupo de escritores forman esta segunda *escuela salmantina*.

Sus componentes cultivan la imitación clasicista, tanto en temas, metros, ambientes y fórmulas de expresión; con una marcada preferencia por los temas bucólicos y campestres. La llegada de José Cadalso a Salamanca, y su permanencia durante tres años en la ciudad, sirve de aglutinante a un grupo de jóvenes (José Iglesias de la Casa, Juan Pablo Forner, Juan Meléndez Valdés, a los que se une el mirobrigense Fray Diego Tadeo González, mayor que ellos) a los que cohesionan como grupo y en quienes influye literariamente.

La marcha de Cadalso en 1774, hace que, a partir de entonces Fray Diego Tadeo González sea quien congregue en torno a sí, en su convento agustino, a tal grupo de escritores, conocido como el *Parnaso Salmantino*, reducido a cinco poetas, todos ellos son seudónimos pastoriles, tres de

ellos agustinos: el propio Fray Diego (*Delio*), el padre Juan Fernández Rojas (*Liseno*) y Fray Andrés del Corral (*Andrenio*), más Juan Meléndez Valdés (*Batilo*) y Juan Pablo Forner (*Aminta*).

Aparece después el magisterio de Gaspar Melchor de Jovellanos, con quien entra en relación Meléndez Valdés, solicitándole que mantuviera “alguna correspondencia con las musas salmantinas”. Jovellano lo hace y, a través del contacto epistolar, trata de influir sobre el grupo de Salamanca, exhortándolos a que, en poesía, abandonen los temas amorosos y pastoriles y cultiven una poesía filosófica y moral.

En los inicios de la década de 1780, el grupo se dispersa por distintos avatares. Queda sólo en la ciudad Juan Meléndez Valdés, como catedrático universitario, quien mantiene el hilo de la llamada *escuela salmantina*, que vive un segundo momento, debido al magisterio de Meléndez Valdés sobre una nueva promoción de poetas jóvenes, entre los que se encuentra Manuel José Quintana, Francisco Sánchez Barbero, José Somoza, Juan Nicasio Gallego y Nicasio Álvarez Cienfuegos. Estamos ya con ellos en el segundo momento de esta segunda *escuela salmantina*, que se adentra ya en el siglo XIX, a través ya de vías prerrománticas.

3. ¿UNA TERCERA ESCUELA POÉTICA SALMANTINA? COMPONENTES Y RASGOS

Ya hemos indicado cómo Miguel de Unamuno habla, sugiere e incluso defiende la existencia del “alborear de una nueva escuela salmantina” entre los últimos años del siglo XIX y los primeros casi treinta años del XX. Sería, como las dos anteriores, fundamentalmente poética y correspondería a lo que también se ha dado en llamar –por parte de comentaristas, estudiosos y críticos– poesía dialectal o regional salmantina.

Sus principales componentes –ya lo indicábamos más arriba–, según criterios como los de Manuel Alvar, serían los poetas José María Gabriel y Galán, el más emblemático e importante de todos ellos, Luis Maldonado y Saturnino Galache. Pero no habría que olvidarse de otros, como los indicados por Miguel de Unamuno en el texto que citábamos más arriba, como: Luis Romano y Cándido Rodríguez Pinilla (este último muy amigo de Unamuno, quien le prologa su obra titulada *El Poema de la Tierra*). Y también, entre otros, de Matías García, del que trataremos enseguida, por su vinculación con Ciudad Rodrigo. O de Alejo Hernández, también de vinculación mirobrigense (al que Matías García le dedica su poema “Bala perdida”: “Al

poeta "charro", Alejo Hernández", incluido en su libro, *El país charro*, 1928, que luego comentaremos).

Tendríamos, de este modo, un grupo no escaso de poetas, que, en una misma cronología, publican una serie de libros que obedecen a unos rasgos que podemos considerar comunes.

Dejemos esbozados siquiera algunos de los rasgos más destacados y sobresalientes que caracterizan los libros de versos publicados por estos poetas, y que harían que pudiéramos hablar, con una cierta propiedad y exactitud, de una nueva *escuela salmantina*, como dejara ya apuntado Miguel de Unamuno.

Algunos de tales rasgos ya los apuntábamos en el arranque de nuestra exposición. Aquí, aunque no sea de un modo desarrollado, indicaremos un buen número de ellos, para que se observe el aire de *escuela* que tiene esta poesía.

Si de la primera escuela salmantina, el poeta más emblemático e importante era Fray Luis de León y de la segunda, Juan Meléndez Valdés, de esta tercera la figura más representativa, que expresa líricamente todo lo que este tipo de poesía puede dar de sí, es José María Gabriel y Galán.

Se trata de una poesía que hunde sus raíces en el siglo XIX. Del Romanticismo, hereda la vía y el poema costumbrista; y, del Realismo y Naturalismo, el partir de la observación de la realidad a la hora de elaborar el poema, el no desplegar en exceso el vuelo lírico, vinculando muchas veces lo poético con elementos narrativos, la plasmación de tipos humanos condicionados con determinadas condiciones adversas, así como determinados rasgos de lenguaje y de versificación.

Otra herencia decimonónica muy significativa de mucha de esta poesía es su impregnación del pensamiento conservador y tradicionalista que, a lo largo del XIX, crean sectores de la aristocracia, de la burguesía y de la iglesia católica, como réplica al pensamiento progresista y al de los movimientos obreros —socialismo, anarquismo— que se fraguan durante esa misma centuria en Europa occidental. Un paradigma de tal pensamiento sería toda la obra de Donoso Cortés.

Pese a ser una poesía que mira más bien hacia el pasado, en cuanto a temas y estética y, en este sentido, antimodernista, no es ajena a determinadas aportaciones (métricas e incluso estilísticas) que incorporaba por entonces el movimiento modernista, capitaneado por poetas como Rubén Darío, a

nuestra lírica, que se dejan sentir en algunos versos de Gabriel y Galán, así como de otros poetas.

También es una poesía que hereda, posiblemente a través de la lectura de los versos de Fray Luis de León (o incluso de Juan del Encina), elementos de la lírica clásica, sobre todo de Virgilio y de Horacio, como el bucolismo pastoril, el amor, la tradición geórgica, la Edad de Oro, la tierra, la "religio", así como determinados lugares comunes de raíz horaciana (*beatus ille*, vida retirada y sencilla...).

El asunto o eje temático fundamental en torno al que gira esta poesía es la tierra, el campo, con todo lo que comporta. Estaríamos, así, ante una poesía eminentemente telúrica, rural, que, además de hacer una inequívoca alabanza de aldea, no deja de expresar tampoco el menosprecio de corte.

Tendríamos que observar, en este punto, cómo el tratamiento y la exaltación de la vida natural, rural, campestre, realizado de distintos modos y con distintas claves, es una constante en todos los períodos y escuelas salmantinas de los que hemos hablado: en Juan del Encina y Lucas Fernández; en Fray Luis de León y su escuela; en los poetas dieciochescos y decimonónicos; así como en éstos de los que en este trabajo tratamos.

Los poetas de esta "nueva escuela salmantina" vertebran toda su creación poética en torno a la tierra, al eje telúrico. Tal expresión aparece en temas como la naturaleza, el paisaje, la vida del campo, las labores agrícolas y pastoriles, etc.

Además, en torno a este motivo central, aparecen otros, como la plasmación de costumbres laborales campesinas (agrícolas, pastoriles, ganaderas) y festivas también; así como la plasmación de tipos rurales, con verosimilitud, al ser modelos tomados de la observación directa de la realidad, y también, en no pocas ocasiones, con crudeza, no prescindiendo de los aspectos duros y difíciles de la vida de tales seres.

Aunque hay que decir que, la mayoría de las veces, en este tipo de poesía, predomina la idealización, al plasmar poéticamente la realidad de la tierra y todo lo que comporta (naturaleza, vida y costumbre del campo, tipos humanos...). Situándonos, así, en una suerte de escenario a-histórico y a-temporal, que sería una nueva plasmación del mito clásico de la Edad de Oro.

Hay más temas y motivos que aparecen constelados en torno a la tierra y que aparecen plasmados casi siempre en esta poesía desde un punto de vista tradicionalista y conservador: el hogar, la familia patriarcal, la sumisión

al varón de la mujer cristiana; el trabajo, siempre en contacto con la tierra y en el que no se cuestiona la servidumbre ni el latifundio; el sentimiento religioso, como otro modo de expresión del tradicionalismo; etc. Temas todos ellos muy interesantes de analizar en esta poesía, aunque no podamos entrar ahora en ellos, dejándolos apuntados meramente.

El modo de elaborar el poema es muy parecido en todos estos autores. Predomina el poema largo casi siempre, apoyado por lo general en una urdimbre narrativa, en la que se van entretejiendo descripciones, caracterizaciones y también efusiones líricas, a través de las que, en ocasiones, se logran momentos de intensidad, que nunca suelen llegar a los arrebatos románticos. Podríamos decir que el poema arquetípico de estos autores es de tema rural y está marcado por un cierto clasicismo, un cierto costumbrismo y un cierto realismo.

En cuanto a la métrica, es una poesía rimada, que utiliza tanto los versos de arte mayor como de arte menor, que se sirve de estrofas acuñadas en nuestra lírica durante el Romanticismo y el Realismo, y que no excluye moldes tan significativos -aunque no lo utilice mucho- como el romance.

El lenguaje suele ser, en la mayoría de los poemas, culto y cuidado. Aunque un rasgo importante de este tipo de poesía es el de la utilización no tanto de dialectalismos (algo que cuestiona Manuel Alvar de modo convincente), como de términos y expresiones vulgares, así como del habla rústica, comarcal y local de los ámbitos campesinos que poetizan. Ya vimos cómo este rasgo tiene un claro precedente en el sayagués, como recurso literario y poético, usado hace ya siglos por Juan del Encina y Lucas Fernández.

Y éstos podrían ser algunos de los rasgos más significativos, meramente apuntados y esbozados, de la poesía de los autores que podríamos considerar como representantes de esta "nueva escuela salmantina" de la que habla Miguel de Unamuno.

4. DOS POETAS VINCULADOS CON CIUDAD RODRIGO

Decíamos que Ciudad Rodrigo conformaba uno de los ejes de esta poesía de la que tratamos. Dos serían, a nuestro parecer, los poetas, vinculados con la ciudad, que principalmente la representarían, tal y como la hemos caracterizado anteriormente: Saturnino Galache (Villavieja de Yeltes, 1871-1920) y Matías García (Sanfelices de los Gallegos, 1873-Fuenteguinaldo, 1954).

Ambos poetas tienen más de un vínculo en común, por lo que no es difícil establecer ni fijar ese aire de familia poética que los relaciona. Ambos nacen en sendos pueblos pertenecientes a las tierras de Ciudad Rodrigo, en fechas muy próximas además, que los vincularía, sólo por cronología, claro, con los autores del 98. Ambos abrazan la vida eclesiástica y la desarrollan en el área de la diócesis mirobrigense. Y, claro está, ambos escriben poemas que, siguiendo la línea o vía abierta por José María Gabriel y Galán, del cual son claramente deudores, al estar influidos por él, se inscriben dentro de la llamada poesía dialectal o regional salmantina.

Una diferencia, dentro de su condición de eclesiásticos, podría establecerse entre ellos. Mientras que Saturnino Galache realiza su vida sacerdotal en Ciudad Rodrigo, Matías García lo hace en el mundo rural, sobre todo en Navasfrías, localidad de la que fue párroco.

Saturnino Galache nace en Villavieja de Yeltes el 29 de noviembre de 1871. Sus padres, Lucas Galache Sánchez y Josefa Alonso del Álamo, son también naturales del mismo pueblo.

Estudia en Ciudad Rodrigo, en el Seminario Diocesano de San Cayetano, y cursa, a lo largo de seis años, entre 1888 y 1894, Latín y Humanidades, así como otros tantos de Teología y Cánones, entre 1894 y 1900. Es capellán del convento de carmelitas, profesor del Seminario Diocesano de Ciudad Rodrigo y solicita, a partir de 1906, ser beneficiado de la Santa Iglesia Catedral.

Encontrándose enfermo, pide permiso al Cabildo para retirarse a Villavieja de Yeltes, su lugar de origen, el 5 de diciembre de 1919, volviendo a realizar la petición el día 20 del mismo mes y año.

Y fallece en la propia Villavieja de Yeltes el 7 de febrero de 1920, sin haber cumplido el medio siglo de vida.

Matías García, hijo de militar, nace en Sanfelices de los Gallegos en 1873. Se ordena sacerdote y reside siempre en pueblos de las tierras de Ciudad Rodrigo, sobre todo en Navasfrías, localidad de la que fue cura párroco.

Ya, desde sus años de estudiante, combina sus estudios teológicos con su afición por la poesía, declarándose admirador de las obras del madrileño Mariano José de Larra y del vallisoletano José Zorrilla.

Publica habitualmente, entre 1929 y 1933 poemas en el periódico salmantino de *La Gaceta Regional*, firmándolos con seudónimos como Azabache y El Chico de la Alquería. Es autor de dos libros de poesía, titulado el

primero *El país charro* (1928) y *Mi Salamanca* (1933) el segundo; pertenecientes ambos a la corriente de la que venimos tratando, llenos de elementos típicamente charros.

Fallece en Fuenteguinaldo en el año de 1954, a la edad de 81 años, habiendo gozado, por tanto, de una vida más dilatada que la de Saturnino Galache.

Aunque no de un modo pormenorizado, sino más bien sucinto, vamos a trazar un somero análisis sobre sendas obras poéticas significativas de ambos autores: *Charras*, de Saturnino Galache, y *El país charro*, de Matías García. Resulta ya, para empezar, muy significativa la coincidencia en ambos títulos del término *charras*, *charro*, espacio –como indican los diversos estudiosos– en el que nace y al que esta poesía alude.

4.1. CHARRAS, DE SATURNINO GALACHE

El poemario titulado *Charras*, de Saturnino Galache, se imprimió en la Imprenta Viuda e Hijos de Cuadrado, en Ciudad Rodrigo, en 1915⁷.

Va precedido por un “Prólogo”, firmado por Luis Maldonado, fechado en “Salamanca 30-IX-1914”, y por un texto –“Al lector”– firmado por “El Autor” del libro, esto es, por el propio Saturnino Galache. Consta de veinticinco poemas, todos ellos titulados, extensos por lo general y algunos de ellos divididos en varias partes.

El autor, en su preámbulo en prosa, los llama “pasatiempos coleccionados [...] cuando salgo en vacaciones por esos encalmados rincones de mi amada patria”, declara expresamente que su finalidad es “para leer a mis paisanos”, deseando que les sirva de esparcimiento y de modesto solaz y los ofrece a su “amada patria” (chica, se supone), “de quien espero el venticello acariciador de madre.”

Respecto a su modo poético, dice que “llevan algo de ese colorido regional” y declara que sus poemas sacrifican “el pulimento y los adornos” “en aras de la fidelidad”, es decir, que prescinden de la retórica en aras del realismo.

Luis Maldonado, otro de los autores –como hemos visto– de la poesía dialectal o regional salmantina, en su prólogo, lo califica como “libro de la tierra”, habla en él del “hálito charruno”, define cómo entiende “la tierra

⁷ Galache, Saturnino. *Charras*. Introducción y notas de Isidoro Hervalejo Martín, Vigo (Pontevedra), Ediciones Cardeñoso, 2005. Cita de la reciente reedición.

charra” e indica que la obra de Galache recoge “notas típicas de nuestra vida regional”, siendo una poesía inspirada en “la vida de la aldea, las veladas del chozo, las faenas del vaqueril, de la besana y de las eras”⁸. Destaca también en la obra “un arte especial [...] de dar vida y existencia a los personajes [...] en su propio ambiente, en el cual se destacan serenos y vigorosos”⁹.

En “Canción”, el poema inicial del libro, Saturnino Galache traza una suerte de programa, o de poética, de lo que va a ser el desarrollo de su obra y del modo de afrontar sus asuntos. El poeta traza, con “rústicas paletas” y con “rústica musa”, “cuadros” de paisaje (“los llanos de mi tierra”), de labores campesinas (“faenas de las eras”, “los muelos”, “arar y desarar las tierras llanas”, faenas ganaderas y pastoriles...) y de “la vida de mis gentes provincianas” (labriegos, vaqueros, gañanes, pastores, ganaderos...), porque los lleva “escondidos” en los “entresijos” de “la entraña”.

Esto es, estamos ante un canto desde dentro: un canto que surge desde las entrañas del ser y que expresa la canción de la tierra, entonado por uno de sus hijos que ha recibido el don de la voz poética. Y el modo de afrontar los temas o asuntos es el de la “canción”, como se titula el poema inicial que se halla en el pórtico de la obra, que supone -como subgénero poético que es- una expresión poética de una realidad, en tono afirmativo, y con un modo de decir que tiende a acercarse, hasta cierto punto, al júbilo.

Todos los poemas que constituyen la obras, y que van tras este poema inicial o pórtico, no son sino una ejemplificación poética de ese programa que el poeta traza en el texto inicial.

De los tres ejes que indicábamos -paisaje, labores campesinas y gentes o tipos humanos-, hemos de decir que, en este libro, predominan los dos últimos, que acentúan y subrayan en él el costumbrismo. No estamos ante un autor que tenga un sentimiento muy vivo ante la naturaleza o el paisaje; de ahí que, si queremos espigar unos versos que aludan a él, sólo podamos encontrarnos algo como esto:

Los campos de mi tierra;
Yermos un día y enjoyantes luego
De ricas coberturas
De espigas coronadas, que el labriego
Cosecha de maduras.
Tuyas son mis endechas de altas miras,
Mis frescas tonadillas,

⁸ Galache, Saturnino, *Op. cit.*, p. 17.

⁹ *Ibid.*, p. 18. En las citas de versos, siempre normalizamos la ortografía.

Y allá van tal cual tú me las inspiras,
Ingenuas y sencillas¹⁰.

Los rasgos costumbristas –costumbres (festivas o laborales) y tipos o gentes– son los que predominan en la obra. Los podemos detectar por doquier. Podemos encontrarlos, por ejemplo, con versos alusivos a costumbres festivas, como los siguientes:

Festivales de ramos y danzas
Que dirigen los tamborileros,
Romerías de Pascua, San Marcos,
Jueves merenderos,
Cordones y ofrendas
Antiguallas de nuestros abuelos¹¹!

Así como con otros muchos que describen y plasman costumbres laborales campesinas; como éstos sobre la siega:

Bien acusa el oído el son
Del estridente crujiir
Que hace la hoz al partir
El bálago cerezón;
Y van cayendo al través
De los vados, las manadas,
Que, en manojos hacinadas
Las acarrea después
La pareja fanfarrona
A las eras, en montones¹².

El aspecto costumbrista es el más desarrollado y minucioso en la obra, tanto cuando se plasman momentos festivos (las fiestas ya citadas, la Virgen de Caballeros, “La noche de los Santos”, o la boda del montero de Moga-rraz), como laborales (la montanera, las garroberas, la limpia, el herradero, la siembra, o el riego, entre otros). Y, en el libro, hay un valioso material de tipo etnográfico sobre la indumentaria tradicional salmantina, tanto charra como serrana.

En algunos de los tipos humanos campesinos plasmados en los poemas se percibe la huella de José María Gabriel y Galán; como ocurre con “El boyerillo”, que es deudor del poema galaniano de “Mi vaquerillo” (*Campesinas*, 1904), como enseguida puede verse:

¹⁰ *Ibid.*, pp. 23-24.

¹¹ *Ibid.*, pp. 30-31.

¹² *Ibid.*, pp. 47 y 49.

Mal ceñido
 De un jatillo de deshecho
 De sayal descolorido,
 Abandona el duro lecho
 Con estrellas, y tiritita
 El cuitado jovenzuelo,
 Cuyo cuerpo engarabita
 El rigor de intenso hielo¹⁵.

No nos hemos propuesto, desde luego, analizar de un modo por-menorizado *Charras*, uno de los libros de esta poesía dialectal o regional salmantina, sino sólo trazar unas notas, para que se adviertan algunas de sus líneas más significativas. No es, desde luego, una obra que alcance la calidad poética de cualquiera de las de Gabriel y Galán. Su significación es la de un testimonio que documenta poéticamente el vivir de las gentes del campo charro, en el área de Villavieja de Yeltes, un vivir campesino en indudable retroceso, y hasta en peligro de desaparición, desde hace ha muchas décadas.

4.2. EL PAÍS CHARRO. POESÍAS REGIONALES, DE MATÍAS GARCÍA

Otro poeta de esta corriente o *escuela*, si así queremos denominarla, y vinculado con Ciudad Rodrigo, es Matías García, autor de dos libros de poemas: *El país charro. Poesías regionales* (1928) y *Mi Salamanca* (1933). El historiador de Ciudad Rodrigo, Mateo Hernández Vegas, lo llama "el poeta del campo", para contraponerlo a Joaquín Román, autor de *Miróbriga eterna*, que sería "el poeta de la ciudad".

El citado historiador define, sintética pero expresivamente, de este modo el quehacer poético de Matías García, el autor del que ahora tratamos: "sencillamente, sin artificio, sin rebuscamientos de frases ni de conceptos, canta lo que ve, lo que oye, lo que siente, lo que goza y lo que sufre en la aldea, mejor dicho, en las aldeas de los *cinco campos*, sin desdeñar el *Rebollar*"¹⁶. Y dice, sobre la recepción de la poesía de este autor y utilizando una imagen del epílogo de Íscar Peyra a *El país charro*, que sus versos "siempre serán el encanto de los estómagos fuertes y robustos, que gustan del pan de trigo, de toda harina, moreno, amasado a brazo, sin murmuraciones ni *picos*, pero sano, nutritivo, digno de los hombres".

¹⁵ *Ibid.*, p. 94.

¹⁶ Hernández Vegas, Mateo: *Ciudad Rodrigo. La catedral y la ciudad*, II, ed. facsímil de la 1ª ed. de 1935. Salamanca, Cabildo de la Catedral de Ciudad Rodrigo, 1982, p. 414.

Estaríamos, según este sintético juicio crítico, ante un poeta que, con naturalidad, sencillez y sin artificio, entona un canto de alabanza de aldea, para paladares poéticos fuertes.

Vamos ahora aquí a dar breve noticia del primer libro editado del párroco de Navasfrías: *El país charro. Poesías regionales*, que se imprimió en Salamanca, en 1928, en la Imprenta Ferreira, y que consta de 171 páginas.



Consta el libro –y ésta sería su estructura externa– de dos prólogos: uno, titulado “El cura poeta”, está firmado por Manuel M. Matallana; y el otro, con el título de “Prefacio del autor”, es del propio Matías García. Sigue a continuación lo que es el corpus creativo de la obra: una larga sección, que ocupa casi todo el libro, de “Poesías”, que recoge cincuenta y nueve

poemas, casi todos ellos de mediana extensión; y otra, mucho más breve, titulada "Trabajos en prosa", que consta de ocho trabajos. Y concluye el libro con un "Epílogo", firmado por "Fernando Iscar Peyra" y fechado en "Abril-1928", a quien el autor dedica uno de los poemas de su libro, el titulado "Tierra charra", cuya dedicatoria dice así: "Al prosista salmantino, señor Iscar-Peyra".

Pero, ¿qué se nos dice en los textos que acompañan al corpus creativo del autor y que, arropándolo, lo preceden y lo siguen?

Del texto de Manuel M. Matallana, obtenemos ya alguna significativa información: Se nos dice que Matías García va publicando poco a poco y regularmente sus poemas en el diario salmantino de *La Gaceta Regional*. Y que el libro que él prologa se ha editado, como "edición sencilla y económica", debido a "una suscripción" que, "al cobijo de la "Gaceta Regional"", ha impulsado el propio prologuista y en la que ha colaborado la gente culta que "lee y siente esa bendita tierra". Por tanto, la obra se ha editado debido a una suscripción promovida entre gente culta y al amparo del diario salmantino en el que habitualmente colaboraba Matías García con sus poemas.

Matallana caracteriza a nuestro autor como "cura rural" y a sus versos como "flores de sobria belleza y de sencillo encanto". Los llama también "veneros de ternura" y, afinando más y dejando aparte el lenguaje metafórico, dice que son "apuntes costumbristas, maravilla de observación y sentimiento, por los cuales va pasando en facetas distintas [...] el alma de las aldeas salmantinas"¹⁵. Indica también expresamente que se trata de "poesía rural". Y llama a su autor, a Matías García, "discípulo y sucesor" de Gabriel y Galán, el poeta fundador y más significativo de esta poesía dialectal o regional salmantina.

Para dar con más informaciones sobre el autor y su obra, tendríamos que pasar al "Epílogo" de Fernando Iscar Peyra, quien evoca la labor sacerdotal del poeta, indica cómo su vocación poética nace con la lectura de las poesías de Gabriel y Galán, y caracteriza su quehacer lírico como escrito "en tono menor" y dentro de los parámetros "del realismo". Nos dice que plasma "escenas campestres" y lo califica como "poeta verídico", en el que no falta "la suave filosofía de una advertencia moral"¹⁶.

¹⁵ García, Matías: *El país charro. Poesías regionales*. Salamanca, Imprenta Ferreira, 1928, p. 5.

¹⁶ García, Matías: *Op. cit.* pp. 166-167.

De interés es, para percibir cómo en el caso de Matías García (pero también, por ejemplo, de Gabriel y Galán o de Saturnino Galache, como hemos tenido ocasión de comprobar personalmente en ambos casos), la transmisión de sus poesías impresas vuelven a la oralidad, esto es, se las aprenden de memoria las gentes y las difunden de modo oral, lo que nos dice en su "Epílogo" Íscar Peyra: Al publicar sus poemas en *La Gaceta Regional*, se dio el caso de que:

la gente aldeana conservase en los recortes, sacados del periódico, y, lo que es más singular, en la memoria, para repetirlos en recitaciones caseras, algunos de aquellos tan sencillos como celebrados poemas.

Quiere decir esto que la seca charrería, comprendiendo por intuición sentimental la riqueza poética que encierra esta tierra bendita, y los trabajos y tradiciones de sus hombres, está todavía sedienta de la mansa lluvia de los versos¹⁷.

Hemos de recurrir asimismo al "Prefacio del autor", porque Matías García nos desvela en él algunos datos que nos facilitan el análisis de su obra, a la que define, en primer lugar, como "*Cuadritos Salmantinos*", en los que "se pintan los tipos, las costumbres y el paisaje de la comarca charra, comunes, tal vez, a casi todos los pueblos de Castilla"¹⁸.

Aquí, Matías García, de un modo muy claro, nos indica algunos de los rasgos centrales que definen no sólo su propia obra, sino también los de la poesía dialectal o regional salmantina: es una poesía costumbrista, que se centra en el campo charro (entendido en un sentido amplio, porque no es el mismo el de Matías García que el de Saturnino Galache o el de Gabriel y Galán) y que tiene como motivos principales: los tipos, las costumbres y el paisaje. Y éstos serán los tres ejes temáticos principales de *El país charro*, de Matías García.

Pero, tal como indicábamos al caracterizar los distintos rasgos de esta poesía dialectal o regional salmantina, una de las manifestaciones de su tradicionalismo era la expresión del sentimiento religioso. Sobre él, dice lo siguiente Matías García, en el "Prefacio del autor", cuando indica que su libro lleva:

en su médula el "sentimiento religioso", que informa aún el espíritu de los pueblos salmantinos, como puede verse en sus fiestas tradicionales, en las costumbres del hogar, en las creencias arraigadas y

¹⁷ *Ibid.*, p. 167.

¹⁸ *Ibid.*, p. 8.

en las tonadas del labriego, que aún siguen despidiendo el aroma religioso de la veneranda tradición; todo lo cual, en el fondo, constituye el nervio de estos versos.¹⁹

En *El país charro*, sí, podemos espigar, a lo largo de los poemas y de las prosas que lo componen, los tres motivos a través de los que recorre el autor “la comarca charra”: tipos, costumbres y paisaje. Espiguemos, por tanto, para comprobarlo, algunos ejemplos.

En cuanto a los *tipos*, aparece toda una galería de ellos, que abarca desde la mocedad hasta la vejez, pasando por esa edad adulta que agrupa hombres y mujeres.

Y, así, si comenzamos por la mocedad, nos encontramos con “las jovencitas”, “las mozas”, con la muerte de “la jovencita aldeana” (en el poema “La flor de la aldea”), con la exaltación de las charras “que a Miróbriga realzan” (en el poema “Tierra charra”). No faltan tampoco, claro está, “los chicos” ni, por supuesto, “los mozos”, también apuestos en todos los momentos, como los del romance de los de Monleón.

Pero el paradigma del mundo charro que expresa Matías García es el del hombre, encarnado en muy distintas figuras, como “los gañanes”, “los labriegos”, el “montaraz”, “Los dos boyeros”, “El mendigo”, “el labrador” (en el poema “El canto del labrador...”, en el que se cita en el poema a Dámaso Ledesma), “El hidalgo”, “el señor cura” (que aparece en varios poemas; en uno de ellos -“Don Canuto”-, “luciendo su raída sotana”). No faltan, como ocurre en el poema “Lagarteros”, quienes venden aceite del norte de Cáceres (Villamiel, San Martín de Trebejo, Moraleja), recorriendo “el país castellano” y que “comen los lagartos / tan verdes y tan rastrosos / y que no les cuesta cuartos”. En un inequívoco rasgo moral, en el poema “Los curdas”, el autor critica el vicio del alcoholismo entre los hombres, a través de su encarnación en varios tipos.

El paradigma del hombre charro, expresado a través de algunas de las figuras citadas, tiene su encarnación más honda en el territorio del trabajo. En el poema “Entre montes”, plasma el autor el carácter entrañado con la tierra así como vinculado con una religiosidad popular, y el modo de vivir de los campesinos, a través de estos muy sentidos versos:

Esta gente campesina
de semblantes tan morenos,
abrasados por el sol

¹⁹ *Ibid.*, pp. 8-9.

y azotados por el cierzo,
 estos giros del lenguaje,
 estas tonadas del pueblo,
 estas diarias faenas
 de la vida del labriego,
 estos profundos cariños,
 estos leales afectos,
 estas cristianas creencias
 y estos rudos sentimientos,
 constituyen para mí
 un tesoro de recuerdos...²⁰

No se olvida el autor, dentro de esta galería de tipos humanos, de los “Castizos del Rebollar”, en el poema así titulado, donde, en un poema ágil y de ritmo popular, a base del octosílabo, se da un repaso a toda la variedad de la escala humana de esa comarca de las tierras de Ciudad Rodrigo.

No falta tampoco, entre los tipos humanos de esta obra, la figura de la mujer, como ocurre en el poema “Labradora”, o de una “pobre anciana”, plasmada en el poema “Rezadora”. Pues la mujer, tanto en este autor, como en la poesía dialectal o regional salmantina, aparece siempre vinculada con un triple eje: el hogar, el trabajo y la religión.

Sigamos por las *costumbres*, ya que, en *El país charro*, aparecen tanto las religiosas como las profanas, sin olvidarse el autor tampoco de las familiares, ni del ámbito de los juegos tradicionales.

Si comenzamos por las religiosas, nos encontramos con “el ofertorio de Santa Águeda”, con la fiesta de San Antón (en el poema “Fiesta concejil...”); o con las tres funciones “del pueblo de Castillejo”: la Pascua, San Pedro y Santa Catalina. Que se complementan con ritos civiles profanos, como esa “Carrera de gallos” (título de un texto en prosa), tomada por el autor “Del natural”, según él mismo indica. Y, sobre todo, tratándose de la tierra charra mirobrigense, con las tauromaquias, plasmadas en distintos poemas, como, por ejemplo, el titulado “Sangre de toro”, sobre “Las novilladas en Robledales” (¿Robleda?). O también con ese arquetipo de las tierras charras que es el baile “al eco dulce del tamboril”. Y, claro está, con “El hornazo” pascual y campestre.

El mundo del trabajo, como escuela de supervivencia, tiene un protagonismo muy acusado en la obra. Y, de este modo, aparecen “los gañanes con las parejas / en la besana”, “El herradero...”, “Apañando aceituna”, “Apa-

²⁰ *Ibid.*, p. 67.

ñando la hoja"... y otras distintas labores campesinas, tanto agrícolas como ganaderas.

La plasmación poética de las bodas tiene un gran encanto en este libro y aparece en poemas como los titulados "Boda charra", "Boda del montaraz" ("Se celebraron las bodas / en la villa de Guinaldo, / donde fabrican la cal / y se venera a San Fausto") y "Boda de candil".

Y no deja el autor de dedicar un poema a San Felices de los Gallegos, su pueblo natal, que es el titulado "Mi patria chica".

El tercer eje del poemario es el del *paisaje* y el de *la tierra*. Comencemos ya por decirlo: Matías García tiene un mayor sentido poético de la naturaleza que Saturnino Galache. Como ejemplo de lo que decimos, basta con señalar un poema, uno de los más líricos y hermosos de su libro, el titulado "El prado de los fresnos", texto muy digno, de un lirismo meditativo y crepuscular, en un tono machadiano y modernista, así como con un hondo sentimiento del paisaje y del tiempo.

La encina, que es un paradigma de la tierra charra, pero que también anda por los versos machadianos de *Campos de Castilla* (1912), está muy presente en la obra de Matías García, en poemas como los titulados "Entre encinas", "El mirlo del encinar", "Encinas venerables" y otros.

Pero el autor transita, a través de sus versos, por "la corriente de los arroyos", por "las huertas", por "El huerto clásico..." (un poema de evocación de San Juan de la Cruz, Fray Luis de León y Gabriel y Galán), por la "Tierra charra", por la "Mesa del Conde"... sin olvidar el mundo de los pájaros ("El ruiseñor", "El mirlo del encinar"). Y lo hace con sensibilidad lírica, dentro de una concepción, a la vez que rural, clásica de la naturaleza, heredada de los poetas que acabamos de citar y a los que Matías García evoca expresamente.

Y tendríamos que decir que no falta en este libro *la evocación geográfica e histórica*. La primera aparece plasmada en poemas como los titulados "Puerto de Perales" y "Extremadura" (en cuatro partes). Así como en "Dos ciudades hermanas" (poema en dos partes, que es un canto a Salamanca y a Ciudad Rodrigo). Y la evocación histórica, en "El descubrimiento" (sobre el de América, por parte de Cristóbal Colón; asunto muy en boga en el siglo XIX) y en "El desaparecido" (evocación del desastre de Anual, de la guerra de África).

El país charro, de Matías García, es un poemario que oscila entre el costumbrismo y la dignidad poética, entre lo local y lo humano universal

(que aparece cuando el autor es menos castizo), entre el testimonio etnográfico y el canto con una mayor amplitud de miras, entre el lirismo y las lógicas narrativas y descriptivas. En todo caso, es un libro que forma parte, por derecho propio, de ese elenco de obras que configura el fenómeno literario que hemos venido analizando hasta aquí: la poesía dialectal o regional salmantina.

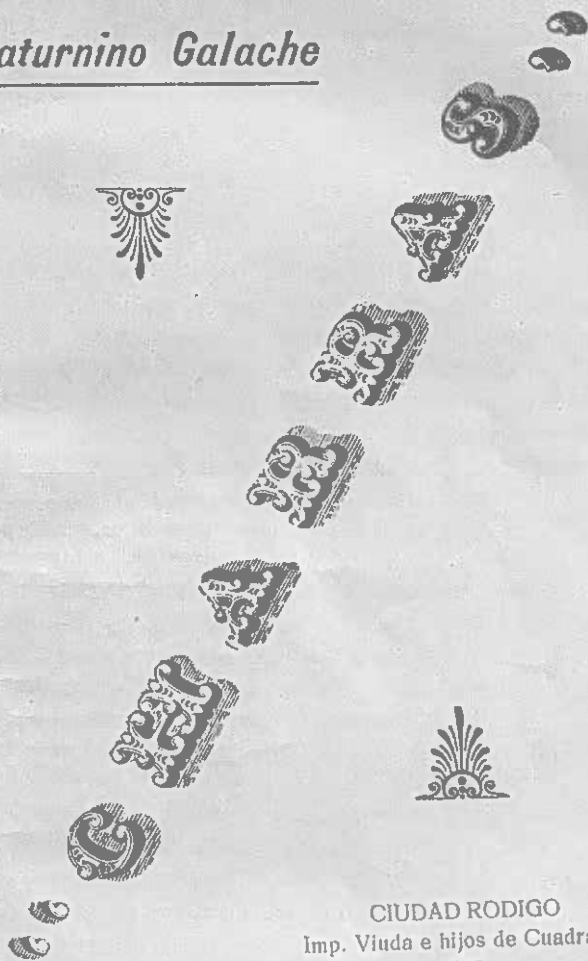
5. CODA

Como hemos ido viendo, entre los últimos años del siglo XIX y las dos primeras décadas largas del XX, se produjo en Salamanca, y más concretamente en las tierras charras (dentro de un amplio triángulo comprendido entre la propia ciudad, Frades de la Sierra y Ciudad Rodrigo), un movimiento poético que ha sido bautizado como poesía dialectal o regional salmantina, pero al que también le cuadra el apelativo -sugerido certeramente por Unamuno- de *tercera escuela salmantina*, que es digno de estudio, aunque hasta el presente no se haya analizado globalmente como tal, acaso porque la luz que arroja la figura de José María Gabriel y Galán arroja mucha sombra sobre los demás componentes de tal movimiento. Pero la obra del poeta de Frades de la Sierra no se comprendería cabalmente sin inscribirla dentro de este movimiento del que hemos venido tratando, aunque sea de un modo sucinto e incompleto, a lo largo de este análisis. Como tampoco se entendería sin comprender que, como herencia decimonónica y en una misma cronología que el Modernismo y el 98, esta poesía dialectal o regional salmantina se encuentra dentro de un fenómeno más amplio: un tipo de poesía de las mismas características que se da en otras áreas españolas, como Murcia, Asturias, Extremadura, etc.

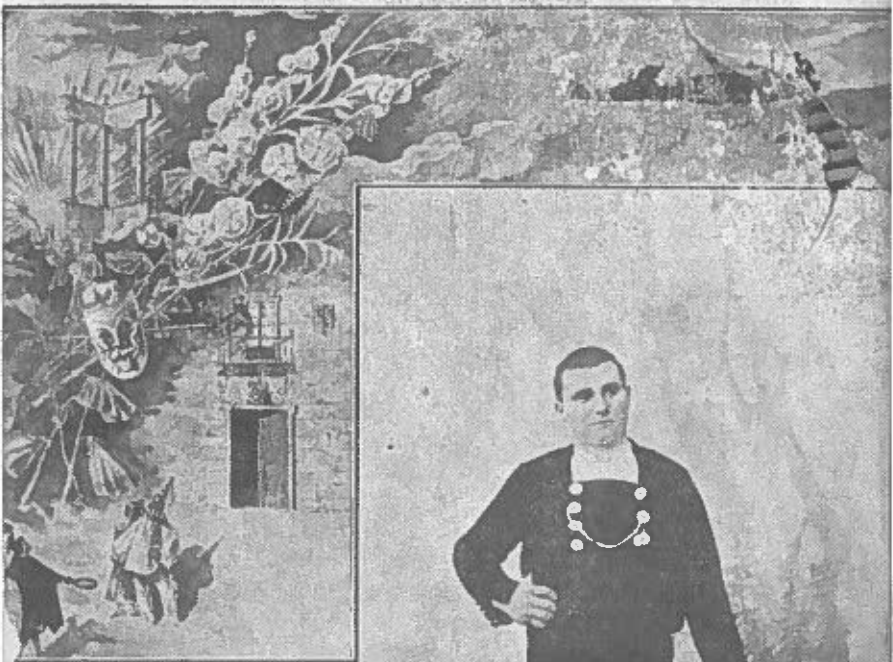
En otros trabajos, seguiremos analizando esta poesía y editaremos una antología poética de la misma, para que los lectores actuales tengan la oportunidad de conocerla, como el fenómeno literario peculiar que es.



Saturnino Galache



CIUDAD RODIGO
Imp. Viuda e hijos de Cuadrado
1915



I

Oye poesía erudita
 La inventiva villanesca
 De la musa femenina
 De los campos de mi tierra.
 Escucha la vena rica,
 Retozona y jaranera
 De las chavalas jarrinas
 Cuando a los charros florecan:
 «Alza la gorrilla, majo,
 Que te se vean los ojos,
 E os labios de coral,
 Y ese moreno gracioso».

II

«Dale la vuelta al sombrero
 Y levántale las alas,
 Que esa carita de cielo
 La quiero ver destapada».

Y en la mansa placidez
 Que reina en las tierras llanas,
 El mozo, cargando *hacinas*
 Subido en el carro canta:

«Acaba de florecer,
 Capullo de verde rama,
 Que me dás con las hojitas
 En los rincones del alma»

